

Siguiendo á Dios verdadero,
El cual erió cielo y tierra,
Y á nuestros padres primeros;
Padeció muerte y pasión
Por librarnos del infierno;
Y que dejen á sus dioses,
Que son falsos y embusteros.—
Se despidió Galalon
Muy alegre y muy contento,
Y armado de todas armas,
En un caballo ligero
Fué donde estaban los reyes,
Y alegres lo recibieron,
Y dándole la embajada,
Se puso á platicar luego,
Y en sus razones conocen
De que es falso caballero,
Y que por el interés
Y codicia del dinero
Haría cualquiera traicion;
Y descubriendo su intento,
Otorgó luego al instante
De vender sus compañeros,
Y de entregar en sus manos
A los nobles caballeros.
Le dieron mucha riqueza
Y joyas de mucho precio;
Dijeron que en Roncesvalles
Esperan los caballeros.
¡Oh hombre facineroso
Y de malos pensamientos,
Qué traicion tan alevosa
Haces con tus compañeros!
Por la codicia vendió
Júdas á su fiel maestro
Nuestro señor Jesucristo,
Por solos treinta dineros;
Lucifer por la codicia
Fué arrojado en el infierno;
Perdió Adán por la codicia
El paraíso terreno,
Y por la envidia Cain
Dió muerte á su hermano mismo.
Tú por codicia y envidia
Vendiste los caballeros;
¡Mas no quedarás sin pago
De tu maldad, esto es cierto!
Y llegando Galalon,
Dió su respuesta, diciendo
Cómo los reyes querían
Ser cristianos por muy cierto.
Carlo-Magno se alegró,
Y Galalon prosiguiendo,
Dando fin de su embajada,
Dijo quedaba dispuesto
Que al campo de Roncesvalles
Salieran los caballeros,
Y lleven cinco mil hombres
Muy lucidos y compuestos
A recibir á los reyes;
Y se apercebieron luego,
Armados y muy lucidos,
La flor de los caballeros.
Salieron muy vigilantes,
Y Roldan el delantero,
Muy valientes y esforzados
En caballos muy ligeros.
¡Oh inocentes desdichados,
Que no sabeis el veneno
Que el traidor de Galalon
Tiene encubierto en su pecho!
Pero quiso Dios pagarles
Tantos trabajos y anhelos
Como por su santa fe
Estos hombres padecieron,
Con corona de martirio
Que este día padecieron.
Llegaron en fin al campo
De Roncesvalles, y luego

Salieron á recibirlos
Veinte mil hombres compuestos
Armados de todas armas.
Pasaron los caballeros
Sin que les dijese nada;
Mas adelante salieron
Otros cuarenta mil hombres,
Y los pillaron en medio.
Se armó tan cruel batalla,
Que andaban los caballeros
Como feroces leones,
Muy valientes y soberbios,
Cortando brazos y piernas,
Y desbaratando yelmos.
Muriéron en la batalla
Todos estos caballeros,
Y Roldan, muy mal herido,
Agarró á un turco, diciendo
Con la espada á la garganta:
—Muéstrame luego al momento
Al rey Marsirius, si no,
Te he de cortar el pescuezo.—
El turco le respondió
De esta manera diciendo:
—Mira muy atentamente
Con cu dardo y con anhelo,
Y el de la visera verde,
Caballo bayo, es el mismo
Que dió á vuestro embajador
Muchas joyas y dinero
Solo porque os enviase
A lo mismo que estáis viendo.
Y cubierto con su escudo,
Como leon muy soberbio
Se entró por medio de todos
Hasta que llegó á él mismo,
Y le tiró tan gran golpe
Encima el hombro derecho,
Que lo partió hasta la cinta
Y viendo de que el aliento
Le faltaba, se retiró;
Se metió en el monte, y luego
Se tendió al pié de una peña
Desmayado y sin aliento,
Con cuatro heridas mortales,
De esta manera diciendo:
—¡Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
Ten, Señor, misericordia
De aqueste tu caballero,
Que por defender tu fe
Se ha visto en tantos aprietos!
Hoy doy la vida por ti,
Solo, en este monte espeso:
Recibe, Señor, mi alma,
Que goce de ti en el cielo
En tus eternos descansos,
Pues aquí tanto padezco.—
Se puso á mirar su espada,
De esta manera diciendo:
—¡Oh espada de gran valor,
La mejor que hombre ha hecho!
¡Cuánto tiempo me has servido
Y á cuántos turcos has muerto!
Con tus cortadores filos
Has partido muchos yelmos;
No quisiera te gozara
Ninguno, y por eso quiero
En esta piedra quebrarte.—
Se levantó con esfuerzo;
La agarró con las dos manos,
Y le dió golpes tan recios
En la peña, hasta que
La ha partido en el suelo,
Sin que en la espada se hiciera
Mella ni señal de ello.
Y viendo que no podía
Quebrarla, tocó su cuerno,
Y Carlo-Magno lo oyó,

Y también los caballeros
Que escondidos en el monte
Temerosos se metieron,
Que es Valdovinos y Tierri.
Valdovinos acudiendo,
Que es hermano de Roldan,
Y viéndolo casi muerto,
Hizo gran llanto por él;
Dijo Roldan á este tiempo:
—Hermano, la sed me mata.—
Buscó agua, y no pudiendo
Hallarla, fué á Carlo-Magno
A dar cuenta del suceso.
En esto llegó Tierri,
Lo miró Roldan atento;
Dijo: —¿Qué miras, Tierri?
Soy Roldan á este tiempo,
Quien dió muerte á aquel gigante
Tan feroz y tan soberbio,
El que en las crueles batallas
Cuidaba sus compañeros:
Oyeme de confesion,
Porque yo me estoy muriendo.—
Confesó generalmente,
Y alzó los ojos al cielo,
Dijo: —En tus manos, Señor,
Encomiendo *spiritum meum*.—
Y dió su alma al Señor.
Los ángeles á este tiempo
Se lo llevaron alegres,
Y Valdovino á este tiempo
Fué donde está Carlo-Magno,
Le dió cuenta del suceso
Cómo había muerto Roldan
Y todos los caballeros.
Carlo-Magno, que esto oyó,
Previno luego al momento
Toda la gente de armas,
Y salió luego con ellos:
Fué donde estaba Roldan,
Y así que lo vió muerto,
Cayó desmayado en tierra
Con el grande sentimiento,
Y de que volvió en sí,
Ha exclamado diciendo:
—¡Sobrino del alma mía,
Con cuánto dolor lo siento
El verte de aquesta suerte
En aqueste sitio muerto!
¡Por qué te vas y me dejas?
¡Ay desconsolado viejo!
Espada de mi justicia,
Otro Júdas Macabeo,
Y otro Sanson en la fuerza,
Pues tu arrogancia y esfuerzo
Era mi firme pilar
Contra los turcos soberbios:
Los mártires te reciban
Y tengan por compañero.—
Mandó que lo embalsamaran,
Y se lo llevaron luego,
Y dando vuelta en el campo,
Vieron los cristianos muertos,
Y á Oliveros lo hallaron
Aspado en dos duros leños,
Puesto á manera de cruz,
Y atravesándole el cuerpo
Doce dardos penetrantes,
Y de la planta al cabello
Todo estaba desollado.
Lo embalsamaron, y luego
Con el de Roldan lo ponen
Con muy grande sentimiento,
Y Carlo-Magno siguió
A los moros, y sabiendo
Que están en un verde prado,
Hacia ellos fué siguiendo.
Les dió tan cruel batalla,
Que en poco tiempo murieron

Seis mil moros, y otros tantos
Se ahogaron en el Ebro,
Por librarse de las manos
De los fuertes caballeros.
Carlo-Magno se volvió
Sin detenerse un momento
Al campo de Roncesvalles,
Y luego pesquisa haciendo
Para saber la traicion,
Y sabiéndola por cierto,
Prendieron á Galalon;
Mandó Carlo-Magno luego
Le amarren á cuatro potros
Muy feroces y soberbios;
Lo dividieron á cuartos
Porque sirva de escarmiento:
Luego dieron sepultura
A los nobles caballeros
Que habían muerto en la batalla;
Y luego tuvo de acuerdo
De volverse para Francia,
Adonde puso su asiento.
Y ahora Juan Josef Lopez
Pide perdon de sus yerros,
Pidiendo á Dios que le dé
Su gracia, favor y acierto.

(Carlo-Magno, Pliego suelto.)

1261.

EL REY CLAUDIO, TEODOMIRO Y LA PRINCESA
DE INGLATERRA.— I.

(Anónimo.)

Publique á voces la fama
En retóricos conceptos
La historia mas celebrada
Que en los anales del tiempo
Vieron las edades largas,
Y así para proseguir
Su rumbo con elegancia
Le pido atención á todos
Para poder declararla.
Hubo en los pasados siglos
En la gran corte de Irlanda
Un rey, cuyos nobles hechos
Merecen lauros de fama,
El cual tenía dos hijos
De gentileza gallarda;
El mayor llamado Claudio,
Y el menor por cosa clara
Se llamaba Teodomiro,
De prendas muy estimadas.
Llegaron á ser mancebos,
Cuando la funesta parca
Quitó al noble rey la vida,
Para que Claudio reinara.
Juradó en todo su reino,
Pacífico gobernaba,
Haciéndole á sus vasallos
Mercedes con manos francas.
Era soltero, y querían
Sus vasallos se casara,
Y él por hacerles el gusto,
Viendo tan justa demanda,
Prudente y agradecido
Ordena, dispone y manda
Que vaya un embajador
Para la corte de Francia,
Y embarcado en un navio
Pasó las salobres aguas.
Luego que á Paris llegó
Al rey Ludovico habla,
Diciéndole: —Gran señor,
Beso tus reales plantas
Por mandado de mi rey
Claudio, que en Irlanda manda,
El que os pide por mujer

Vuestra hija, si os agrada.—
Atento el rey Ludovico
A su discreta embajada,
Respondió por su consejo,
Diciéndole estas palabras:
—Dirás de mi parte á Claudio
Que su voluntad se haga,
Que disponga su grandeza
Sus cosas, porque ya marcha
Mi hija para su reino
Con majestad soberana,
Para que su esposa sea,
Sin que en un punto haga falta.
Con esto el Embajador
Se volvió para su patria,
Y á su rey besó la mano,
Dando fin á su embajada.
Hizole muchos favores,
Con que sus servicios paga.
No pasaron muchos dias,
Cuando la princesa Laura
Con damas y caballeros
Llegó á la corte de Irlanda,
Con cuatro fuertes galeras,
Hermosas como adornadas.
Salieron á recibirla
Muchos señores de fama,
En compañía de su rey,
Con victores y alabanzas.
Al palacio la llevaron,
Donde fueron celebradas
Sus bodas con regocijos
De juegos y luminarias,
Festines en el palacio
Por tiempo de tres semanas:
Con que Claudio agradecido
Gozó de su esposa amada
El tiempo de cinco años,
Cuando una fresca mañana
Salieron por divertirse
A cazar á una montaña
Con lebreles y monteros
Y hombres de mucha importancia;
Donde un soberbio leon,
Terror de aquellas comarcas,
Salió de aquellas malezas
Con la melena encrespada,
Esgrimiendo los alfanjes
De sus cortadoras garras,
Que á pesar de los monteros,
Picas, chuzos y alabardas,
Pegó con la hermosa Reina
Con presteza tan osada,
Que su gallarda hermosura
Fué trofeo de sus plantas,
Dejándola mal herida,
Muerta su belleza rara,
Y eclipsados sus dos soles
Con la sangre que derrama,
Llamando á su dulce esposo,
Sin concierto las palabras.
Rodeada de miserias,
Quedó cadáver sin alma,
Siendo su tumba la tierra
Matizada de esmeraldas;
Al tiempo que Claudio alegre
Iba siguiendo la caza
De un soberbio jabali,
Y al ver tan grande desgracia,
Sumergido en un desmayo,
Postró en la tierra su cara,
Hasta que, vuelto en su acuerdo,
Dijo con voz delicada:
—Esposa del alma mia,
Infeliz y desgraciada,
Perdóname; que yo solo
Soy de tus desdichas causa.—
Estas palabras decia,
Mesando cabello y barba.

Viendo los nobles señores
Que le sirven y acompañan
En lance tan apretado,
Prudentes le consolaban,
Disimulando sus penas;
Del suelo lo levantaban.
Cogen la difunta reina
Del sitio donde se hallaba,
Y al palacio la llevaron,
De donde fué trasladada
Al panteon de los reyes,
Pira triste, tumba infausta,
Negros lutos arrastrando
Nobles señores y damas;
Con que Claudio se retira
A lo interior de una sala,
Donde de dia y de noche
Sus penas multiplicaba,
Llegando á tales extremos,
Que postrado en una cama
Melancólico y enfermo,
Puso su vida en balanzas.
Conociendo su peligro,
En su presencia las damas
Hacian fiestas y juegos
Con mucho donaire y gala;
Con cuyos divertimientos
Cobró valor, fuerza y gracia,
Y olvidando poco á poco
De sus tristezas la causa,
Trató de tomar estado
Con la discreta Rosaura,
Princesa de Inglaterra,
De hermosura soberana.
Después de haber precedido
Políticas circunstancias,
Que usan principes y reyes,
Celebró las deseadas
Bodas con Rosaura bella,
La que trajo en su compañía
Una hermana que era un ciclo
De perfecciones gallardas,
Prodigio de la hermosura,
Cuyo nombre era Diana.
De esta fino enamorado
Fabricio duque se hallaba:
Haciale galanteos
Valido de su privanza;
Mas ella, no haciendo caso
Del Duque, lo despreciaba,
Al tiempo que Teodomiro,
Que bien descuidado estaba
De la enfermedad de amor,
Rindió sus potencias y alma
A la beldad peregrina
De la discreta Diana,
Que fina correspondió
Dándole mano y palabra
De esposa, y agradecida
Cariñosa le pagaba.
Adonde lo dejaremos
En esta primera plana,
Que en la segunda prometo
Decir lo demas que falta.

(El rey Claudio, etc. Pliego suelto.)

1262.

CONTINÚA EL ASUNTO DEL ANTERIOR. — II.

(Anónimo.)

Ya dije cómo quedaron,
En la antecedente plana,
Hechas las célebres bodas
Del rey Claudio con Rosaura,
Y á su hermano Teodomiro
Con la discreta Diana
Enamorado, de suerte

Que su cariño fué causa
Para que el duque Fabricio,
Ciego de cólera y rabia,
Maldiciendo su fortuna,
Jurase tomar venganza
De Diana, y al momento
Se volvió para su casa,
Sin darse por entendido
De su partida y la causa.
De esta suerte se mantuvo,
Hasta que la hermosa Infanta
Se volvió para su reino
Con alegría sobrada.
Visitó á su amado padre,
Que cariñoso le abraza.
Dejómosla en su palacio
Con aplausos celebrada:
Vamos al duque Fabricio,
Que para tomar venganza
De Diana, discursivo
Dispuso una falsa carta,
Cuyo contenido dice
Estas siguientes palabras:
«En fe de lo que me escribes
»Teodomiro, por tu carta,
»Sabrás que tengo dispuesto
»Darle la muerte con maña
»A mi padre, y con secreto
»Vendrás con gente de armas,
»Para que mi dueño seas
»Sin dilacion ni tardanza,
»Que ya tengo prevenidos
»Muchos señores de fama,
»Que á fuerza de su valor
»No tienes que temer nada.
»Con esto, á Dios que te guarde
»Besa tus manos, Diana,
»Princesa de Inglaterra,
»Tu mas fina enamorada.»
Esta carta prevenida
La tuvo el Duque guardada,
Hasta que logró meterla
En una preciosa caja
Donde Diana tenia
Todas sus prendas y alhajas,
Sin que la noble Princesa
Supiese del caso nada.
Se fué á visitar al Rey,
Diciéndole estas palabras:
—Amadísimo señor,
Sabrás que falsa y liviana,
Vuestra hija determina
Daros muerte, porque trata
Casarse con Teodomiro.
Sé que una secreta carta
Le manda para que venga
A gozar laurel y palma
De vuestra regia corona,
Y á mí, porque le ayudara
En sus ciegos pensamientos,
Me dió cuenta de esta infamia.
Yo por librar vuestra vida,
Que en gran peligro se halla,
Te aviso porque te guardes
De la maldad declarada.—
Confuso se quedó el Rey
Sin saber lo que le pasa;
Mandó prender á su hija,
Y en un castillo encerrada
Con guardias y centinelas
La dejó muy bien guardada.
Hallada la carta, y visto
Lo que en ella declaraba,
Conociendo su peligro,
Enojado el padre, manda
Contra su hija inocente
Que muriese degollada,
Ó busque quien la defienda
De esta calumniosa infamia,

Porque el Duque mantenía
En dura y cruel batalla
La fementida traicion.
Lloraba la triste Infanta:
No bastaron las disculpas
Para que la perdonara
Su padre, que inadvertido
Creyó del Duque la infamia.
Llegaron estas noticias
A la gran corte de Irlanda.
Sabida por Teodomiro
De su amada la desgracia,
Por librarla de la muerte,
Sin dilacion ni tardanza
Se fué para Inglaterra
En una nave marchanta.
Luego que á Londres llegó,
Previno caballo y armas,
Llegó á la plaza en efecto,
En la ocasion que se hallaba
Dispuesto un triste teatro,
Y en él la Infanta sentada,
Negros lutos arrastrando,
Muerta su hermosura rara
Suspenso todo el concurso
Por balcones y ventanas,
Y el Duque mantenedor
Armado de finas armas,
Aguardando caballero
Que á defenderla llegara.
Teodomiro, que lo vió,
Llegó al tablado y le habla
A Diana de esta suerte:
—Concédeme, hermosa Infanta
La licencia; que pretendo
Defender tu vida y fama.—
Y agradecida le dijo:
—El cielo te dé la paga;
Y obras como caballero,
Que en esto no tengo causa.—
Con esto se llegó al Duque,
Y le dijo estas palabras:
—¡Villano, vil caballero,
De mala sangre y prosapia!
¿Cómo falso y fementido
Tu corazon puso tacha
En la inocente Princesa?—
El Duque le dice: —Calla,
Infame, desvanecido,
Que tan libremente hablas,
Que presto te ha de pesar
La defensa de esa ingrata
Contra su padre y mi rey:
Defiéndete de mi rabia.—
Móntó en un veloz caballo,
Empuñó una gruesa lanza;
Se fué el uno para el otro,
Recios encuentros se daban,
Y hechas las lanzas pedazos,
Meten mano á las espadas.
El Duque era valeroso;
Le tiró una cuchillada
A Teodomiro, de suerte
Que, resbalando la espada,
La cabeza le cortó
Al caballo, y sin tardanza
Salió él con lijereza
Antes que el Duque llegara;
Mas no fué tan á su salvo,
Que encima se le arrojaba;
Tiróle un fiero reves,
Teodomiro se repara,
Cubriéndose de su escudo
El golpe recibió, y pasa,
Y al revolver el caballo
Le dió al Duque una estocada
Tan recia, que le pasó
Un muslo de banda á banda.
Con la fuerza del dolor

Le buscaba con mas rabia,
Viendo su descortesía,
Le dice: —Valiente, baja
De ese bruto, y como nobles
Harémos campal batalla;
Mas viendo que no hace caso
De lo que le demandaba,
Le esperó, y con gran valor
Le metió por una ijada
Al Duque el agudo acero,
Que le pasó las entrañas,
Y él herido en la cabeza
Salió de otra cuchillada,
Que le hizo tomar la tierra,
A pesar de su arrogancia;
Y el Duque, desatentado,
Daba vueltas por la plaza
Tirando á diestro y siniestro
Reveses y cuchilladas.
Con las ansias de la muerte
Cayó el infeliz de espaldas,
Al tiempo que Teodomiro
Del suelo se levantaba
Por buscar á su contrario
Con esfuerzo y arrogancia,
Cuando vió que le decía:
— Buen caballero de fama,
No me acabes de matar;
Llévame al Rey, porque haga
Declaracion del suceso

De mi traidora venganza!—
Tomándole por la mano,
Del suelo lo levantaba,
Y en la presencia del Rey
Dijo con voz delicada:
—Invictísimo señor,
Sabrás que esa falsa carta
Que os dije que vuestra hija
A Teodomiro mandaba,
La escribí yo por vengarme
De vuestra hija Diana,
Por verme tan despreciado
De su beldad soberana.
No puedo proseguir mas,
Porque el aliento me falta.—
Y entre fatigas y penas
Dió fin á su desastrada
Vida, con que agradecido
El Rey, al instante manda
Que á Teodomiro lo lleven
A palacio y lo curaran.
Sano en fin de sus heridas,
Se desposó con Diana;
Después, por muerte del Rey,
Por su rey lo coronaban,
El cual vivió largos años
Gozando á su esposa amada
Con placer y regocijo,
Rindiéndole al cielo gracias.

(El rey Claudio, etc. Pliego suelto.)

SECCION DE ROMANCES VULGARES NOVELESCOS.

1263.

LAS PRINCESAS ENCANTADAS, Y DESLEALTAD
DE HERMANOS.—I.

(De Alonso de Morales¹.)

Cuando el católico rey,
Que globos de estrellas pisa,
San Fernando, rey de España,
Lanzó la secta morisca
De la España y sus dominios,
Con su invencible cuchilla,
Muchos nobles caballeros
Descendientes todavía
De los primeros alarbes
Que hubo cuando la conquista,
Fué entre ellos un poderoso,
El cual por su bizarría
Fué luego electo por rey
En las fértiles provincias
De la parte del Oriente
Que se nombraba la Siria;
Su nombre era Clotaldo,
Era casado y tenía
De su feliz matrimonio
La belleza de tres hijas,
Que en las humanas deidades
Se llevaban la primicia.
Viéndolas el Rey su padre
Que pocas las merecian,
Ordenó hacer un castillo
De vistosa simetría,
Y de altura formidable,
Que aun la mas aguda vista
Sus pirámides y almenas
Penetrarlas no podia.
Allí dispuso encerrarlas
Con infernal inventiva,
Pues buscó un mágico sabio
Que con hechizos hacia
Nigrománticos enredos.
A este el Rey notifica

Haga un fuerte encantamiento,
Y que no puedan ser vistas
Ni vencidas de ninguno
Hasta que el Rey lo permita,
Dejándolas emplazadas
Como en clausura continua;
Y fué el poner tres caballos,
O satánicas arpias,
Para cada uno el suyo.
Donde el encanto se cifra.
Después expidió un decreto
En toda su monarquía,
Que cualquiera caballero,
O noble de sangre limpia
Que pueda entrar en la torre,
Si aquel encanto conquista,
En sus hijas tendrá el premio:
Quiénes logren esta dicha
Serán casados con ellas
Sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el Rey
La dificultad que habia,
Y con esta confianza
Por premio las ofrecía.
Corrió todos sus estados
Velozmente esta noticia.
A este tiempo tres hermanos,
De gallarda bizarría,
Caballeros, y aunque pobres,
De ilustre genealogía,
Nacidos en Dinamarca,
Al saber esta noticia
Dispusieron valerosos
El partirse á grande prisa,
Por ver si su feliz suerte
Quiere que tal bien consigán.
Ya los tres reconocidos
Dejan su patria y caminan
Hasta llegar á la corte,
Y con la atencion debida
Dijeron al Rey su intento,

Y al punto mandó que pidan
Todo lo menesteroso
De cuanto se necesita.
Pidió el mayor y el segundo
Caballos y armas lucidas,
Y el menor dijo que un carro
Tan solamente pedia
Con dos bueyes, y que en él
Pongan para muchos dias
Gran prevencion de sustentos
De comidas y bebidas,
Muchos clavos y una cuerda
De largura sin medida.
Hechas estas diligencias
Que ya llevo referidas,
Salen los dos á caballo,
Y dentro de pocos dias
Le dieron vista al castillo,
Y á su eminencia se arriman;
Mas luego experimentaron
Sus diligencias perdidas,
Pues viendo la elevacion
Fallecen y desaniman.
Algunos dias gastaron
Dando ideas discursivas
Cómo poder conquistar
Torre tan fortalecida;
Mas viendo no ser posible,
Ya cansados, determinan
Volverse para su patria
Sin premio á tanta fatiga.
Tomaron la misma senda
Que anteriormente traian,
Y en medio de ella encontraron
Al hermano que venia
Muy poco á poco, en su carro
Con prevencion de comida,
Y al verlo le propusieron
Los imposibles que habia
Para conquistar el fuerte,
Que se vuelva y no prosiga.
No bastaron persuasiones,
Plegarias ni rogativas.
Después que hubieron comido
Volviéron en compañía;
Llegaron segunda vez
A la encantada alquería:
Hicieron alto y descargan
Los viveres que traian.
Fué el mancebo examinando
La torre, que no tenia
Puerta, puente, ni rastrillo,
Ventanas ni celosias,
Y bien registrada toda,
Ciñó á su cintura misma
Una banda, entre la cual
Los fuertes clavos afirma,
Cogió un clavo y una cuerda
Y un buen martillo en la cinta.
Con artificiosa maña
Y astucia tan bien lucida
Llegó al extremo postrero,
Y apenas sus cumbres pisa
Le salieron al encuentro
Tres hermosísimas ninfas,
Mostrando ser sus bellezas
Aun mas que humanas divinas,
Diciéndole:—¿Quién sois, jóven,
Que con tan libre osadía
Has profanado el decoro
De este alcázar, donde habitan
Tres princesas? Pues tu muerte
Pagará tal demasia.
El respondió:—Pues, señoras,
Como ese favor consiga
De morir á vuestros ojos,
Causará mi muerte envidia,
Y así tendréis por sabido,
Que como ustedes permitan

Que las libre de este encierro,
Aunque para la salida
Todo el mundo se me oponga,
No es posible que me riuda.—
Unánimes respondieron:
—Pues como el valor te asista
Todas tres te obedecemos
Muy grandemente propicias,
Y te será bien premiado;
Mas para eso precisa
Que á tres hermosos caballos
Que en este castillo habitan,
A cada uno una cerda
Les quites, porque en las mismas
Está nuestro encantamiento,
Y todos en mucha estima,
Porque en cualquiera fracaso
Que te halles no te asijas
Si el elemento del fuego
A cada uno le aplicas.—
Esto dijeron, y luego
Con atenta cortesía
Dispuso bajar las damas
Que de placer y alegría
Mil parabienes le daban
Con ternezas y caricias.
Al impulso de la cuerda
A la hermana mayor liga,
Y con valor increíble
En tierra la deposita.
Lo mismo fué la segunda,
Quedó sola la mas chica;
Le dijo:—Jóven gallardo,
Toma aquesta gargantilla,
Que en valor, poder y hechura
Otra alguna no la imita,
Y aunque en diversos trabajos
Te atormenten y persigan,
Jamás te enajenes della,
Que podrá ser que algun dia
Te importe; y con esto el ciclo
Te libre como nos libras.—
Con esto descendió al suelo
Con la misma armonía.
Y habiéndolas ya librado
De esclavitud tan indigna,
Le arrebataron la cuerda.
¿Quién vió mayor bastardía
Entre hermanos! Pues se halló
Con la esperanza perdida
De bajar, pues ni los clavos
Hincados en ella habia.
Entonces los dos hermanos
Con infernal avaricia,
Conociendo que su hermano
Todo el premio merecia,
Envidiosos dispusieron
Ponerse luego en huida.
Montándolas en sus brutos,
Volaban y no corrian,
Hasta llegar á la corte
Donde el Rey se maravilla
En ver á sus hijas libres,
Que aun viéndolas no lo creia.
Ellas guardaron secreto:
Solo dijeron que habian
Por los dos sido libradas
Con gran valor y osadía;
Y viendo el Rey que eran nobles
Al proviso determina
Desposar las dos mayores,
Con fiestas muy divertidas.
Volvamos al otro hermano,
Que afligido y pesaroso,
Melancólico y suspenso,
Lleno de horrores y espanto
Quedó en la torre el mancebo,
Sin hallar norte ni senda
Para salir del encierro,